136
BF412
N6
CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N.

PSICO-FISIOLOGÍA

DEL GENIO Y DEL TALENTO

I

MAYORÍA Y MINORÍA

Para toda alma bien nacida, el *filisteo* (1) es el enemigo nato, la pesadilla; todo aquél que se siente en sus adentros el menor asomo de genio, lo suficiente apenas para justificar el llevar melena y el desprecio hacia el despotismo de la *chistera*, ejercita sus biceps emprendiéndola á testarazos contra el *filisteo*—

(1) La palabra *filisteo* es, en el sentido en que la emplea el autor, un término esencialmente alemán. Designábase con ella al principio, en el lenguaje de los estudiantes de la Universidad, á todos los que no eran estudiantes, ya se tratase de pesados burgueses, ya de sabios y pensadores que habían terminado su vida escolar. Actualmente se designa con el nombre de *filisteo*, sobre todo el burgués vulgarote y sentencioso cuyo tipo ha inmortalizado en Francia Henri Monnier bajo el nombre de *Mr. Joseph Prudhomme*.—El origen probable del sentido que se dió á esta palabra en Alemania, fué que el predicador de la Universidad de Jena, á principios del siglo 18, teniendo que pronunciar

claro está que solamente en sentido figurado, porque el tal *filisteo* suele tener un dependiente ó mozo de almacén, en el supuesto de que él mismo no pertenezca á ésa clase.—Esta hostilidad es una torpe ingratitud: el *filisteo* es útil y hasta posee la belleza relativa propia para la perfecta adaptación al objetivo propuesto. Él constituye el fondo de la perspectiva del cuadro de la civilización, sin la exigüidad ó pequeñez artística del cual, las figuras en relieve del primer plano no producirían la impresión de lo grande: tal es el papel estético del *filisteo*, pero este papel, que representa con autoridad, dista mucho de ser el más importante. ¿Quién al admirar las Pirámides, dejará de decirse á sí mismo que son debidas al *filisteo*, al cual por un olvido deplorable no se hace justicia? Han sido esas obras portentosas verosímilmente

un sermón ante el cadáver de un estudiante muerto en una de las frecuentes riñas que había entre estudiantes y burgueses, adoptó por texto bíblico de su discurso el versículo 16—20 del libro de los Jueces: «*Los Filisteos sobre tí, Sansón.*» Los estudiantes designaron desde entonces á los burgueses con el nombre de *Filisteos*. El autor emplea con mucha frecuencia esta palabra, neologismo tan admitido como la inglesa *snob* para designar el hombre esclavo de la moda, imitador servil de las apariencias de la distinción y del buen tono aristocrático. (*N. del T.*)

imaginadas por algún talentoso ingeniero-jefe de puentes y calzadas del antiguo Egipto; pero la ejecución es obra de los hijos de Israel, aunque éstos hayan debido ser naturalezas muy ordinarias, si se juzga del conjunto de su carácter por el gusto decidido que mostraban por la cebolla y el puchero de carne guisada. ¿De qué nos sirven todas las concepciones del hombre de genio? Sólo viven en su magín, para él mismo, pero no existen para nosotros mientras el poco interesante *filisteo*, el que gasta gorro de dormir, no llega á realizarlas buenamente; ese mismo buen hombre que no emplea su atencion diligente en descubrimientos propios, pero que espera, con una encantadora ausencia de ideas, los impulsos, las sugestiones, las órdenes de los que tienen la vocación. El que se siente apto para crear, se considera, en general y con razón, como demasiado bueno para traducir: pensar y querer es de la competencia de los espíritus escogidos; la muchedumbre mediocre se encarga de transportar el pensamiento y la voluntad á las formas del fenómeno. ¿Qué más se le echa en cara al *filisteo*? ¿que no ceda fácilmente á la impulsión del hombre de genio?; pero eso es una

condición excelente y aún hay que bendecir al *filisteo* porque así sea; su pesadez, su firme equilibrio que difícilmente se altera, le convierten en un instrumento de gimnástica, en una especie de disco de palestra ó de pesa de hierro, mediante los cuales las naturalezas escogidas han de probar y también desarrollar su fuerza. Seguramente cuesta trabajo poner en movimiento esa masa inerte del vulgo, pero es un ejercicio saludable para el genio emprender esa obra hasta conseguirla; cuando una idea nueva no es apta para manejar al vulgo, eso prueba evidentemente que no es bastante robusta, que no vale nada ó que todavía no ha llegado su hora. Si, por lo contrario, una concepción produce sobre él efecto apreciable, da con ello la primera y más importante prueba de su excelencia; la inteligencia del *filisteo* es incapaz de examinar y de juzgar las ideas de los escogidos, pero su fuerza de inercia hace de él un aparato que, inconscientemente, y por eso mismo con tanta mayor seguridad, opera la selección entre las ideas plenamente desarrolladas y capaces de vivir y las que están faltas de madurez y de valor.

Se comprendería que los *filisteos* se quejasen ó se burlasen unos de otros, si alguno de ellos lanzara con desprecio á la cara del otro el epíteto de *filisteo*, como los negros cuando riñen se llaman mútuamente negros, porque, en efecto, un *filisteo* no puede soportar á otro tan vulgar como él; no puede esperar de otro como él ni que le interese ni que le divierta; cada cual ve en el inexpresivo semblante del compañero, el reflejo de su propia estupidez; el uno le larga al otro, entre bostezos, monsergas aburridas; cuando se juntan dos de ellos se asustan recíprocamente del siniestro mutismo de sus espíritus y experimentan la abrumadora y humillante sensación de angustia propia del hombre habituado á que le conduzcan y que se ve de pronto abandonado por su guía. Pero el hombre de talento debería entonar las alabanzas del *filisteo* que constituye su riqueza, el campo que le alimenta y nutre; es sin duda de un penoso cultivo, pero ¡cuán fértil!; hay que trabajar con ahinco para hacerle productivo; desde por la mañana hasta la noche hay que cavar el surco, hundir la reja del arado, podar, roturar, volver y revolver, desbrozar, sembrar, estercolar, segar; hay que sudar y hay que helarse, pero la cosecha no falta cuando la

siembra era susceptible de germinar. Seguramente, si se echa en los surcos trigo podrido ó guijarros no hay que esperar ningún producto, lo mismo que si se plantaran huesos de dátiles en las márgenes del Curisch-Haff; pero si el campo permanece estéril con siembra tan estrafalaria, la culpa no es del terreno, sino del soñador que de tal manera lo cultiva. El juicio, el discernimiento debe asociarse al genio para fijarle el tiempo y lugar favorables á la manifestación de sus pensamientos; si sabe escoger con tino el tiempo y el lugar, encontrará á la masa del vulgo siempre dispuesta á responder á la siembra con la cosecha; así, pues, cuantas veces los hombres de espíritu genial se encuentran congregados alrededor de las mesas del café, su primer brindis, por virtud del derecho y de la moral, debiera ser á la salud del *filisteo*.

¿Cuál es, en realidad, la gran falta de que se acusa al *filisteo*? Sencillamente que no hay necesidad de buscarle para encontrarle, que se le encuentra en inmenso número, que es la regla y no la excepción; si, por acaso, se quisiera no tener en cuenta la proporción numérica que alcanza el *filisteo* y considerarle en sí mismo, se reconocería por fuerza, con la más estricta equidad, que es un mocito que no tiene desperdicio: es, generalmente, más agraciado que un mono por bonito que sea, aunque no llega á tener la belleza del Apolo de Belvedere, que, por otra parte, resultaría trivial si formase el tipo medio de la humanidad; es, con frecuencia, más diestro que un perrito de aguas, aun amaestrado, aunque no pueda competir con un clown de circo, que también sería menospreciado por su torpeza, si cada cual de los mozos de la aldea fuese capaz de dar saltos mortales y de sostenerse en equilibrio puesto de cabeza sobre el suelo, con tanta facilidad como de andar con las dos piernas, y de clavar á estocadas las moscas en la pared, tan fácilmente como de amontonar haces con la horca; es, á menudo, mucho más inteligente que una ostra y aún más que el juicioso elefante, aunque no sabe pensar tan honda y tan profundamente como Darwin, cuyos modos de ver, sin embargo, no estimarán verosímilmente los filósofos del porvenir, ni más ni ménos que nosotros estimamos hoy las teorías fisiológicas de Parmenides ó de Aristóteles. Quien dice *filisteo*, hombre del

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "MARIANO BRAVO" Apdo. 1065 AREQUIPA, PERU

vulgo, dice sencillamente mayoría, y los que le menosprecian, se sublevan contra la ley teórica fundamental de todas las instituciones políticas y sociales.

Hay, sin duda, muchas gentes á quienes no sólo no asusta semejante delito, sino que hasta fingen por él ó sienten sinceramente marcada predilección. «Odio al vulgo profano y me aparto de él», dicen con Horacio; proclaman expresamente que forman parte de la minoría y de ello se enorgullecen; afirman sentir de otro modo, pensar y juzgar de otro modo que la muchedumbre, es decir, en términos menos despreciativos, que la mayoría, y nada les parecerá más ofensivo que el oirse lanzar el epíteto de «triviales», con lo cual, sin embargo, no se diría otra cosa sino que son semejantes á la mayoría. Pronto indagaremos de dónde procede esta aversión contra la mayoría y si está justificada; ántes queremos examinar si los séres desdeñosos que se niegan á ser contados como parte de la masa, piensan y obran lógicamente; deberían, de ser lógicos, señalar en todas sus manifestaciones vitales, su disparidad con respecto á la muchedumbre y tratar de evitar,

mediante el desarrollo de su carácter diferente, que se les confundiera con la mayoría; deberían hacer alarde de su modo de ser, llevando vestidos de otras formas, adoptando otros hábitos, otras costumbres, otras ideas morales, colocándose en todas ocasiones por encima de los juicios de la mayoría ¿lo hacen así?: no; hasta hacen todo lo contrario: les parece de buen gusto no hacerse notar, es decir, no distinguirse de la muchedumbre despreciada y son los primeros en burlarse de los que, como el desgraciado Oscar Wilde ó como el *Sar* Péladan, no temen llamar la atención por su facha caprichosa y original; se inclinan ante la opinión pública y les hace sufrir el sentirse en oposición con respecto á ella; son las más sólidas columnas de la ley, que no es sino el resumen de los modos de ver del pueblo, es decir, de la mayoría, en forma de prescripciones; defienden el parlamentarismo que se funda sobre el reconocimiento del derecho que tiene la mayoría á imponer su voluntad á la minoría; y en muchos casos, les entusiasma el sufragio universal que no es, después de todo, sino la apoteosis de la trivialidad. No ignoro que con frecuencia se nada con la corriente, no

porque en realidad se tengan ganas de seguir su dirección, sino porque no se es bastante fuerte para luchar contra ella; el que inventó el proverbio que dice: «quien con lobos anda á aullar se enseña», quiso expresar con esto una dura necesidad y no una estima especial hacia los lobos; pero otro proverbio declara que la voz del pueblo es la voz de Dios, é introduce de esta suerte al *filisteo* en el Olimpo. Y es un hecho que, aun para el que desprecia á la muchedumbre, las más importantes acciones y omisiones tienen por premisa esta admisión implícita, que el modo de ver de las gentes de plazuela es, en sus rasgos generales, estimable y justo.

Algunos hombres, en tan corto número que se les podría contar con los cinco dedos de la mano, han tenido, es cierto, la valentía de ser lógicos; el historiador alemán Treitschke, alaba el despotismo ilustrado, ese sistema sumario de gobierno que no cuenta para nada con la mayoría y reconoce á la minoría, reducida hasta la unidad, el derecho de pensar y decidir por todo el pueblo; Carlyle predica el culto de los héroes y exige la sumisión, sin condiciones, de la masa al individuo poderoso; Montesquieu se com-

place con la broma de declarar aceptable el jurado con una sola condición: que la opinión de la minoría y no la de la mayoría constituya el fallo, puesto que, entre los doce jurados, habrá seguramente más imbéciles que sabios, y por consecuencia el juicio de la minoría será el de los sabios y el de la mayoría el de los imbéciles;—esto último es un modo muy incisivo de expresar la idea que la sabiduría se encuentra entre los ménos, mientras que la muchedumbre es estúpida y de cortos alcances;—sin embargo, Montesquieu pierde de vista que la minoría, entendiendo por ella todo lo que es diferente de la masa media, no comprende sólo á los que se elevan por encima del nivel común sino también á los que quedan por debajo; es decir, al lado de los genios, también á los crétinos imbéciles y al lado de los hombres sanos y originales, también á los monstruos morbosos: los miembros de la Academia son una minoría casi imperceptible en la nación, pero los pensionistas del asilo nacional de dementes son también otra minoría y Montesquieu corre el riesgo de desear la victoria á un sabio y á dos idiotas contra nueve medianías como Juan ó Pedro, lo cual sería ab-

surdo, como diría Euclides. Hasta sospecho que Carlyle y Treitschke no desprecian á la mayoría tanto como parecen y como quizás ellos mismos creen; «¡despotismo ilustrado!»; «¡culto de los héroes!»: ¡hem!: examinemos la cosa: despotismo ilustrado, ¿no quiere decir que un genio reinante obligue á la masa á entrar en sus designios y en sus miras, á aceptar sus opiniones, á participar de sus pareceres, es decir, á restablecer, en último análisis, el acuerdo entre ella y él?; y el culto de los héroes, ¿no es el deseo de ver el héroe, es decir, el fenómeno de excepción, apreciado, celebrado, reconocido por Juan y por Pedro? Esto me se antoja, pues, una constante preocupación por el sentir de la muchedumbre, que se concuerda mal con el pretendido desprecio hacia ella de que se hace alarde; ¿para qué ha de inquietarse por la opinión del *filisteo* quien le desprecia?; ¿qué significan para él la admiración ni el asentimiento del vulgo?; el modo de ver de Treitschke tendría por consecuencia lógica que un Federico el Grande, un José II, deberían abdicar y dejar el trono á cualquier buen hombre de sus familias, por ser los genios de su fuste demasiado superiores para ocuparse de la

chusma; esos genios no tienen ningún interés racional en convertir á los imbéciles á sus miras ilustradas y no tienen para qué echar margaritas á puercos. Según las ideas de Carlyle, un Miguel Angel se desdora y se rebaja exponiendo el *Moisés* ante los ojos de los papanatas estúpidos del arroyo, y un Gœthe, haciendo imprimir su *Fausto* para uso de las señoritas de la burguesía; los aplausos del rebaño humano, en vez de parecerles apetecibles, serían, por lo contrario, de naturaleza á inquietarles, y deberían exclamar como aquel orador verdaderamente lógico: «¿aplauden? ¿he dicho por casualidad, una tontería?»; luego, pues, un Federico el Grande se encerraría en uno de sus castillos y nada tendría de común con la muchedumbre vulgar; un Gœthe se retiraría á una isla solitaria y declamaría sus versos únicamente para sí mismo, y ¡viva la lógica!

Hay en esto una contradicción que no se puede negar: por una parte, se pretende despreciar á la muchedumbre y por otra, todo cuanto se hace es con la mira puesta en ella. Se niega á la muchedumbre la capacidad para juzgar los actos del hombre de genio, y el más hermoso sueño del hombre de genio es,

sin embargo, la gloria y la inmortalidad, es decir, el reconocimiento de su genio por la muchedumbre; se niega á la muchedumbre el don de la inteligencia y, sin embargo, el parlamentarismo, el tribunal popular de artes y oficios (1) y el jurado, la opinión pública, instituciones todas que se tienen en la más alta estima, se fundan sobre la premisa que la mayoría no sólo posee una sabiduría segura, sino que es absolutamente infalible. Se considera como una degradación el ser contado entre la muchedumbre y, sin embargo, se está orgulloso, en todas las grandes circunstancias, por sentir y pensar exactamente como la muchedumbre; en un movimiento de elevado fervor, el antiguo romano no encuentra nada más noble que decir de sí mismo, sino esto: «soy hombre y nada de lo que es humano lo considero extraño». Quizá se habría, sin embargo, extrañado, si algún dialéctico cínico de sus contemporáneos le hubiera replicado: «dices que eres un hombre como los demás: ¿te alabas, pues, de ser trivial?»

(1) Consejo de *prud-hommes*. Especie de jurado popular que entiende en asuntos de los trabajadores y patronos. *(N. del T.)*

Pues bien; yo creo que puede explicarse esta contradicción; me parece, con meridiana claridad, que se funda sobre una base biológica. La fuerza desconocida que organiza la materia en séres vivos, no produce, en el origen, al principio, especies, sino individuos. No quiero exponer aquí las diferentes teorías acerca de los comienzos de la vida y no me pronuncio sobre si, según la idea corriente, en un momento dado se ha formado de la materia inanimada un protoplasma vivo, ó si, como piensa Preyer, la materia ha tenido, en toda eternidad, por atributo la vida, al modo como el movimiento, del cual la gravitación no es probablemente sino una modalidad; que nos baste saber que el punto de partida de la formación de los séres vivos producidos por la materia, hoy, se encuentra en otros séres vivos que les han precedido y de los cuales descienden y provienen. La vida es, en último análisis, la síntesis y la descomposición de combinaciones albuminoideas efectuadas con intervención del oxígeno; este hecho puede realizarse dentro de las formas más diversas, y cada vez que la naturaleza se dispone á formar un sér vivo (únicamente por comodidad, me expreso de esta

manera tan impropia, tan antropomórfica) puede darle á su albedrío, una cualquiera de los billones ó trillones de formas posibles é imaginables. Si, pues, de la materia elemental, formase también de nuevo los séres vivos, es verosímil que cada cual sería diferente del otro y que habría, á lo sumo, entre ellos la semejanza, punto menos que nula, resultante de la circunstancia que todos, en fin de cuenta, tenían que ser la expresión, la forma sensible de una misma ley fundamental química, el instrumento de una sola y misma función. Ahora bien, hoy por hoy, los séres vivos, por lo menos en cuanto se nos alcanza, no nacen ya de la materia elemental por un acto espontáneo de la naturaleza, sino que son formados de esta materia, por el intermediario de un organismo ancestral ó antecesor; la materia de la cual ha sido formado el nuevo sér vivo ha atravesado por un mecanismo existente, ha sido moldeada, manipulada por éste y por consecuencia, de él ha recibido impresiones. Es una de las propiedades de la materia, ó más exactamente, de sus combinaciones, propiedad no explicada, pero que difícilmente puede ser contradicha, el conservar las impresiones recibi-

das, los modos de agrupación, las formas; sobre ella se funda la memoria en el individuo, la herencia en la especie; el nuevo sér vivo cuyos materiales de construcción han sido manipulados por otro sér vivo, conservará, pues, las impresiones que le han sido transmitidas por éste y llegará á ser semejante á él. Dos leyes diferentes obran, por consecuencia, sobre él: la ley vital primitiva que tiende á crear organismos autónomos, de semejantes é independientes de los demás, sencillamente aptos á formar y á descomponer los cuerpos albuminoides—trabajo que, por otra parte, pueden cumplir, afectando no importa cuál de las numerosas formas posibles, sin que sea de imprescindible necesidad que se asemejen á una forma dada—y la ley de herencia que se esfuerza en hacer al nuevo organismo semejante á sus progenitores mediante los cuales es formado.

Todo individuo es, por consiguiente, la resultante de la acción de estas dos tendencias: la ley vital primitiva y la herencia; la primera tendería á crear nuevas formas aptas para las funciones vitales, la segunda á repetir un esquema ya existente: el de los progenitores. Es de grandísima importancia

en mi sentir insistir sobre este hecho, que, á mi parecer, la libertad ilimitada de la elección entre todas las formas posibles es el elemento primitivo, mientras que la semejanza con respecto á la forma de los antepasados, que limita esta libertad, es el elemento que interviene posteriormente; sólo esta hipótesis puede hacer comprender toda la teoría darwinista, que, sin esto, no es una explicación, sino una consignación de hechos notados y atestiguados.

Con efecto, si como lo cree Darwin y como con él lo cree toda su escuela de discípulos y comentaristas, la herencia fuera la ley primitiva y la más importante que regulara el desarrollo del individuo, ¿cómo podría imaginarse una desviación, una suspensión de ésta? El producto debería en toda situación y estado permanecer semejante al productor y si las circunstancias exteriores no se lo permitían, tendría forzosamente que perecer—el gran fenómeno de adaptación á condiciones de vida dadas que constituye, según Darwin, una de las principales causas del origen de las especies quedaría como un enigma absolutamente insoluble.—Mi hipótesis, por lo contrario, aporta la solución de

este enigma: el sér vivo, digo yo, no está ni más ni ménos ligado á una forma que á otra cualquiera; le basta con tener una forma que le permita la absorción de oxígeno y la producción de materias protéicas; esta primitiva libertad ilimitada le hace apto precisamente para revestir la forma que le imprimen las circunstancias exteriores, del mismo modo que un cuerpo libre en el estado de reposo, toma, de entre todas las direcciones posibles, aquella que le imprime el más ligero choque exterior. ¿El organismo antecesor le da su propia forma? bueno: entonces el joven organismo tomará la forma del antecesor; ¿las condiciones exteriores dentro de las cuales ha de vivir, trabajan por transformarle, por hacerle desemejante de sus progenitores? bien: perderá la forma heredada y obedeciendo á la nueva impulsión revestirá aquella que las condiciones de vida exterior tienden á imprimirle. De este modo se explica la adaptación que según esta hipótesis no es ya lo contrario, sino lo análogo de la herencia (1).

---

(1) Rodolfo Virchow, en el Congreso de naturalistas alemanes de 1889, en una conferencia en que trataba del darwinismo, ha desarro-

Para la biología, la ciencia de la vida, sólo existe el individuo, no la especie; solamente el individuo es algo realmente existente, independiente, limitado con absoluta precisión; la especie ofrece un carácter mucho más vago; es con frecuencia imposible definirla con certeza. Dos individuos no se compenetran nunca el uno en el otro, no se funden nunca mutuamente, en ninguna circunstancia sea cual fuere, ni aun en las formaciones teratológicas al modo de la de los hermanos siameses; no puede decirse lo mismo respecto de las especies: éstas, por lo contrario, se encuentran en estado de transformación continua, aunque lenta; sus límites permanecen indecisos y borrosos hasta llegar á desfigurarse; se desarrollan en formas nuevas y en una determinada época geológica, son algo muy diferente de lo que han sido en una época anterior y también de lo que serán probablemente andando el tiempo. Lo que, á pesar de esto, liga al individuo con la especie es la ley de la herencia, es la propiedad primitiva que posee la

llado en un todo las mismas ideas. Esto es para mí una satisfacción, aunque el gran sabio no haya citado mi nombre, no haya hecho la menor alusión á mis propios pareceres y puntos de vista. (*N. del A.*)

materia de persistir en la disposición, en el orden que recibiera en un momento dado, y de apartarse de ellos únicamente bajo la sujeción de una nueva impulsión más fuerte que su inclinación á la persistencia. La economía actual de la naturaleza no conoce en apariencia más que la producción de la vida por la vida misma; teóricamente, se comprendería muy bien que la vida renaciese incesantemente de la materia no viva; si esto no sucede, la razón es quizás, porque la vida se produce por la actividad de los organismos antecesores con menor esfuerzo que por la combinación de la materia elemental; y es una singularidad conocida que se extiende á toda la naturaleza—Leibnitz la indicó el primero; pero Karl Vogt, poco antes de su muerte, la ha negado con argumentos ingeniosos—que ésta trata de realizar cada uno de sus objetos con la mayor economía posible, con el menor gasto de fuerzas imaginable. Tenemos de este modo, el encadenamiento lógico de los fenómenos vitales: la escena en que se desenvuelven, la forma con la cual se hacen visibles, es el individuo, no la especie; si, á pesar de esto, los individuos son semejantes entre sí unos á otros y si la

especie tiene una apariencia de existencia, esto depende de dos causas: en primer lugar porque hoy, á juzgar por lo que de ello sabemos, la vida procede de otra vida; en segundo lugar, porque se está bajo el imperio de la ley de la herencia que acabamos de explicar. La descendencia de un organismo antecesor implica semejanzas y un cierto lazo entre los individuos; la ley vital primitiva implica su diferencia y su autonomía; de hecho, no hay dos individuos absolutamente semejantes el uno al otro y hasta cada individuo es probablemente, considerado en el *quimismo* y el mecanismo más íntimo y más misterioso de sus partes constitutivas fundamentales, infinitamente más diferente de cualquier otro individuo, que una especie cualquiera de otra especie; (me figuro como esencia última del individuo un ritmo especial de la vibración de los átomos y del éter que constituyen sus células germinativas y creo que este ritmo no obedece en dos individuos á la misma ley periódica).

Esto explica también la posibilidad del egoísmo que no podría imaginarse ni explicarse, si se hubiera de considerar la especie como algo realmente existente y no tan solo

como una abstracción del espíritu humano. El individuo se siente á sí mismo como el solo existente en un principio y el solo esencial, y únicamente la evolución superior de su pensamiento le hace comprender que entre él y los séres que le son semejantes existen relaciones necesarias y que guardando ciertas atenciones hacia ellos, favorece su propio bienestar. El sentimiento de la solidaridad no es, pues, un instinto primitivo como el sentimiento singular ó el sentimiento personal, sino una comprehensión adquirida; el altruísmo no es lo contrario, sino el mismo egoísmo profundizado y ensanchado y el hombre alcanza la noción ideal de la solidaridad como ha alcanzado la noción material de la policía y del catastro: llegando á comprender su utilidad para él.

Ahora bien, todo este razonamiento biológico, que hasta aquí ha parecido acaso una digresión al lector, entra en las vías de las presentes investigaciones. La ley de la herencia implica la trivialidad, la ley vital primitiva, la originalidad. Las funciones más bajas que son al mismo tiempo las más necesarias y por ende las más frecuentes y que

seguramente han realizado también el padre y el abuelo, caen bajo la ley de la herencia; las funciones superiores y supremas, por lo contrario—cuya necesidad raramente se hace sentir y que el antecesor quizá no ha sentido jamás ó no ha tenido que ejercitar sino rara vez, de suerte que no han dejado huella bastante profunda en su organismo para poder ser transmitidas por la herencia—son realizadas, se cumplen, de un modo autónomo y original.

En una situación en la cual se encuentra á menudo y que es la misma para muchos ó para todos, el organismo obra de una manera trivial acostumbrada; en una situación que se le presenta por vez primera, dará pruebas de originalidad si no puede sustraerse á ella. El genio más grande, lo mismo que el aguador más modesto, masca con los dientes y oye con las orejas, y el poeta francés está de lleno en la verdad, cuando dice: «plantar coles, es imitar á alguien»; estas funciones, las mismas para todos los hombres, las realizan todos lo mismo; por lo contrario, se advertiría en seguida una diferencia, si se pusiera, por ejemplo, á dos hombres á la cabeza de una sociedad como la de los

«Padres peregrinos», haciendo rumbo á bordo del *Mayflower* hacia América para fundar una nueva sociedad y si se les encomendara la empresa de conquistar un mundo desconocido y de edificar un Estado desde la base hasta la cúspide.

Un organismo dotado sólo con la cantidad media de fuerza vital no alcanza nunca á realizar las funciones superiores y supremas; no busca situación alguna que no haya sido ya familiar á sus antecesores: si se encuentra, contra su voluntad, colocado frente á una situación nueva, se esfuerza ante todo por sustraerse á ella; si esto le es imposible, busca con afán el medio de obrar frente á ella según las analogías acostumbradas, es decir, el medio de conducirse como ha tenido costumbre de hacerlo en otras situaciones frecuentes algo semejantes á la nueva; y si merced á esta pequeña treta no consigue ponerse á la altura de la situación nueva, se deja dominar por ella y sucumbe, á menos que vivan en él fuerzas latentes que no han tenido en su situación ordinaria ocasión de desarrollarse y que la necesidad entonces despierta. Permanece así, pues, siempre encerrado en el círculo fatal de la herencia; se asusta por el

menor cambio en las líneas de su semejanza con sus antecesores y sus compañeros en medianía y acaba su vida como la ha empezado: como un cliché de formas que le han precedido y que existen en torno suyo. Pero un organismo cuya fuerza vital excede del tipo medio; ó bien experimenta directamente la necesidad de nuevas situaciones, ó bien, si en ellas se encuentra colocado, las domina y se adapta á ellas sin atenerse estrechamente á los ejemplos conocidos ni dejarse dirigir por los hábitos de los antepasados; un organismo de esta índole rebasa triunfalmente por encima de las barreras de la herencia que alcanzan sólo á una cierta altura, y con un vuelo al que jamás se elevan las individualidades más débiles, se desarrolla sin trabas adoptando formas personales diferentes por completo de todas las demás.

He reducido, pues, en último término, originalidad y trivialidad á la cantidad de fuerza vital; i no se posee de esta última más que una medida estrictamente suficiente para constituir un organismo de tipo determinado, se permanece dentro de la forma transmitida y se ayuda á la especie para conservar la fisonomía tradicional; si se posee la

fuerza vital con exceso, ésta triunfa sobre la inercia que mantiene á la materia en la formación heredada, ella constituye en plena libertad, según su propia impulsión, su forma física y su plan de desarrollo y hasta puede decirse que llega á ser—*deviene*—el origen de una nueva subvariedad de la especie. La vida es la más alta función de la materia: su posesión inspira á todos los séres un respeto instintivo, poco más ó menos como el que inspira la riqueza pecuniaria á las naturalezas vulgares; ahora bien: como la originalidad, se funda sobre una más grande riqueza de vida, se la reconoce superior á la trivialidad, que es la confesión de escasas rentas de fuerza vital; he aquí por qué se desprecia la trivialidad y se procura ser original, parecerlo por lo menos, si no se puede serlo en realidad. No querer formar parte del rebaño es producirse como un millonario de vitalidad; el desprecio hacia el *filisteo* es la forma que se adopta para pagar el tributo de admiración á la vida. Se siente uno mucho más orgulloso por ser antecesor y fundador de una raza que por ser el heredero; por ser molde que por ser prueba, y se ufana uno por figurar como título de libro y no como pági-

na intercalada con su correspondiente número de orden. Sin embargo, como quiera que el padre más apto para la generación es al propio tiempo hijo de alguien y que cada fundador de una nueva estirpe tiene antepasados que ascienden hasta la *ascidia*, ó hasta el plasma primitivo, aun el individuo más original se enlaza á pesar de todo, con la especie; la más poderosa exuberancia vital está sometida, por lo que respecta á sus funciones inferiores, á la trivialidad; la contradicción entre el aislamiento de las naturalezas distinguidas y su fusión ocasional con la muchedumbre, se disipa y si así lo quiere el *filisteo*, puede ufanarse por el hecho que hasta un Gœthe y un Napoleón, con toda su originalidad, no pueden llorar ni reirse, dormir ni afeitarse de un modo distinto del que él mismo emplea.

***

En los séres vivos diferenciados sexualmente, la fuerza vital y su potencia formadora parecen ser menores—ó por lo menos, más inertes, menos explosivas—en la hembra que en el macho. Por que ello sea así, lo ignoro, pero el hecho parece comprobado;

Darwin (en el «Origen de las especies») ha amontonado varios centenares de páginas con observaciones, de las cuales resulta que en la mayor parte de las especies animales, la hembra conserva el tipo de la especie mientras que los machos se apartan de ella individualmente, con frecuencia de una manera muy considerable. En la hembra, pues, predomina la ley de herencia, en el macho la ley de formación individual que yo considero como la ley vital primitiva. Esta relación existe también en la especie humana: la mujer, por regla general, es típica; el hombre, individual; aquella tiene la fisonomía media; éste, una fisonomía propia. Sin duda, esta aseveración contradice la manera de ver habitual, pero esta manera de ver es falsa; proviene de que ordinariamente se ha tomado la idea que se tiene de la mujer, en las poesías y en las novelas; los poetas, al describir la mujer no han partido de una observación concienzuda, sino que han obedecido inconscientemente á excitaciones sexuales. En la literatura, la mujer no es sencillamente una sobria imagen científica, sino la creación ideal de una imaginación de hombre sumida en éxtasis genésico; el poeta no quiere

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

describir sino galantear; cuando habla de la mujer no es observador imparcial, sino que instintivamente solicita con afan sus favores. Esto falsea por completo la observación, y puede decirse que la mujer aparece en la filosofía de todos los pueblos y de todos los tiempos, no como ella es en realidad, sino tal como se le figura á un entusiasta enamorado. Esta es la consecuencia natural de que primitivamente la poesía haya sido cultivada únicamente por los hombres; si las mujeres hubieran inventado la lírica y la epopeya es probable que la imagen de la mujer en literatura hubiera llegado á ser imparcial, y por esta razón, bastante indiferente. Hoy que la producción de novelas, por lo menos en determinados países, es punto menos que un exclusivo trabajo femenino, los autores del sexo débil reproducen también el retrato ideal de la mujer imaginado por el hombre y convertido en tradicional, sencillamente porque las mujeres autores son incapaces de elevarse por encima de la tradición y de pensar de un modo original. «La mujer es mudable como la onda y veleidosa», enseña un filósofo con pretensiones de profundidad; «¿quién puede vanagloriarse de conocer la

mujer?» exclama un poeta lírico, poniendo los ojos en blanco y relamiéndose los labios, sumido en reminiscencias agradables; «toda mujer es un misterio y un enigma y ninguna de estas esfinges se parece á otra», asegura un cuentista (cronista) que nos enjareta, en apoyo de su dicho, interminables cuentos de bandidos. Pero todo esto no son sino frases hueras de las cuales precisamente se ríen las mujeres inteligentes y que sólo agradan á las estúpidas que las toman por galanteos personales; la mujer es infinitamente menos diversa (varia) que el hombre; el que conoce á una las conoce á todas, con raras excepciones; su manera de pensar, de sentir, hasta su físico, son típicos, y Margarita, Julieta y Ofelia se parecen de tal modo una á otra, que se podría tomarlas por hermanas de temperamento un poco distinto y de educación algo diferente. Así se explica cómo las mujeres se acomodan tan fácilmente á todas las situaciones sociales; un mozo de cuadra que se ve elevado por el favor de una czarina á la dignidad de duque de Curlandia, permanece toda su vida impregnado por el olor de los caballos; la hija de un tambor mayor que llega á condesa y á dominar en el corazón